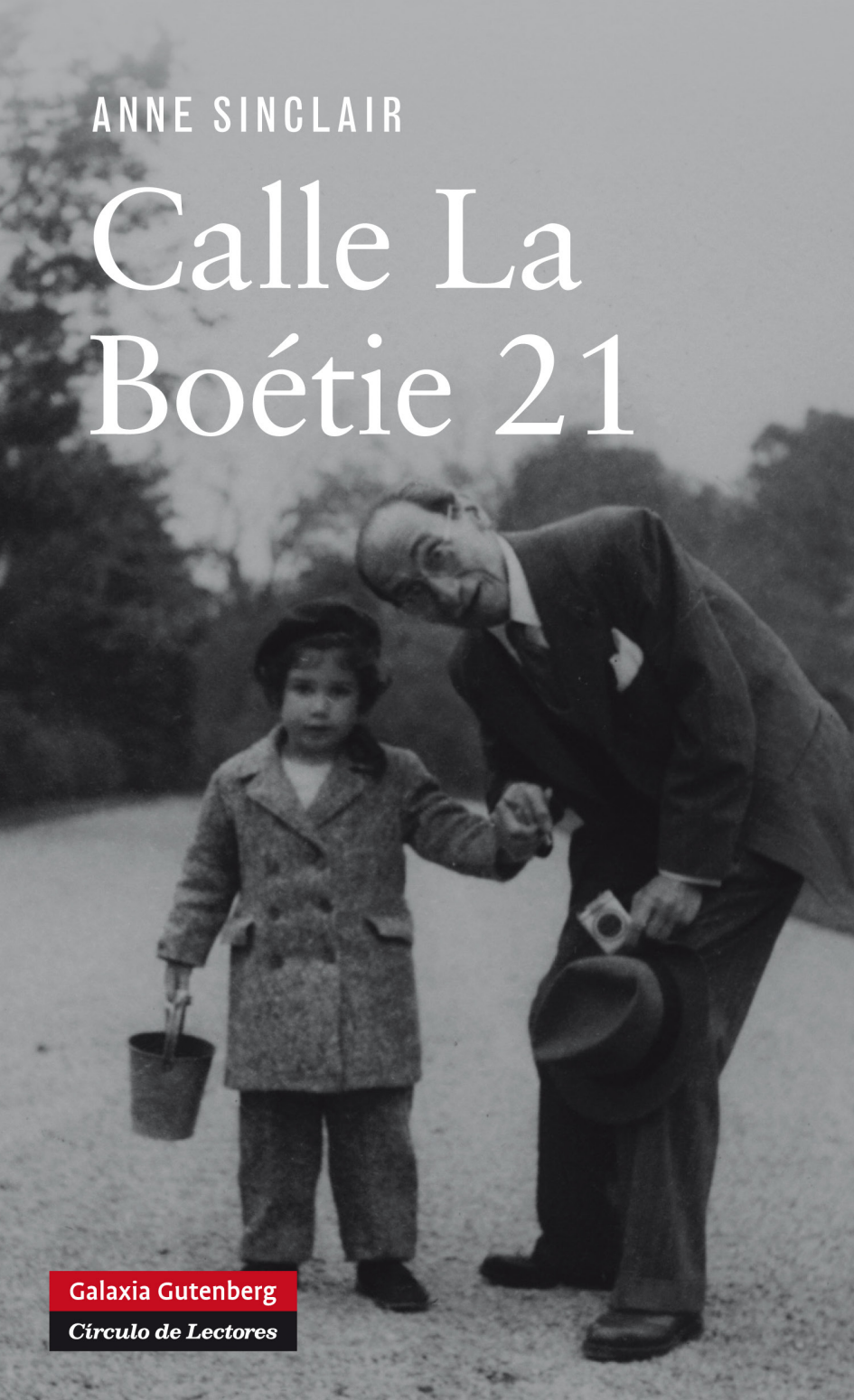
ANNE SINCLAIR

Calle La Boétie 21



Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

Anne Sinclair

Calle La Boétie 21

Traducción de
María Cordón Vergara
y Malika Embarek López

Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

Prólogo

Día de lluvia y manifestación a comienzos de 2010.

Mi barrio está cercado por la policía, no hay quien circule por los alrededores de la plaza de la Bastilla y estoy encerrada en un coche que no puedo abandonar. Por fin llego ante un cordón de antidisturbios que bloquea el bulevar Beaumarchais. Bajo la ventanilla y pido a uno de ellos, que está chorreando debido a la tromba de agua, que me deje pasar porque vivo allí. «Documentación», me pide con aire cansino. Acabo de mudarme y ni en mi carné de conducir ni en el de identidad figura mi nueva dirección. Lo siente mucho pero no puede fiarse sólo de mi palabra. Necesita algo que demuestre mi nuevo domicilio. No puedo volver a casa.

Escribo a Nantes, a la oficina que expide los extractos de las partidas de nacimiento de los franceses nacidos en el extranjero. Cuando me mandan el documento voy a la comisaría de policía más próxima a mi domicilio, la del muelle de Gesvres, provista de todos los papeles necesarios: el extracto de la partida de nacimiento y mi carné de identidad renovado hace poco y válido hasta dentro de siete años.

Larga cola de gente, saco un número a la entrada y espero una hora y media durante la que me dedico a observar a los que acuden a tramitar sus carnés de identidad o sus pasaportes. Y a los empleados, desgraciadamente

escasos, que marean sin miramiento a esos ciudadanos desorientados que solicitan documentación. «¡Señora, aclárese usted!, ¿es de la isla de Guadalupe o no?», dicen a una anciana en un tono que –me da la impresión– no habrían usado para preguntar «¿Nació en el Loire-Atlantique o no?».

Me llega el turno. Saco una carpeta con los documentos requeridos y la entrego. El señor que está tras el mostrador se asombra de que haya nacido en el extranjero. Le respondo que, como vi la luz en Nueva York, y, por lo tanto, en el extranjero, mis documentos administrativos se expiden en las oficinas de Nantes. Entonces me pide los certificados de nacimiento de mis padres. Le ahorro la narración de su historia, su encuentro en Estados Unidos tras la guerra, cuando mi padre acababa de ser desmovilizado de las Fuerzas Francesas Libres; me reservo explicarle que nací allí por casualidad, que sólo estuve dos años antes de volver a Francia –donde he pasado el resto de mi vida– porque mi padre no encontraba trabajo. Estaba a punto de buscar excusas por no haber nacido en territorio francés...

Empieza a extrañarme su insistencia en ver las partidas de nacimiento de mis padres. Le digo que en la mía –compruébelo usted mismo– dice claramente que Anne S. es hija de Robert S. y de Micheline R., nacidos ambos en París, y que, por consiguiente, soy francesa por filiación. Le muestro, además, mi documento de identidad, válido hasta 2017 y que, en caso de duda, correspondería a la Administración demostrar que no es auténtico.

Pero él insiste: necesita esos documentos, son unas directivas en vigor desde 2009 para todo ciudadano que quiera demostrar su «condición de francés».

«¿Sus cuatro abuelos son franceses?», me pregunta.

No doy crédito a lo que oigo y le pido que me lo repita:

«¿Sus cuatro abuelos nacieron en Francia, sí o no?»

–¡La última vez que hicieron ese tipo de preguntas a los de la generación de mis abuelos fue antes de montarlos en un tren en Pithiviers, Beaune-la-Rolande o en el Vel d'Hiv –le respondo con voz ahogada por la indignación.

–¿Qué dice? ¿Un tren? ¿De qué me está hablando? Le repito que necesito esos papeles, no vuelva usted por aquí hasta que los traiga.

Me despide brutalmente devolviéndome la carpeta que, casualmente, es... amarilla.

No merece la pena dar una clase de Historia a este empleado al que la evocación de las leyes racistas del régimen de Vichy no dice nada y al que ningún responsable de los nuevos reglamentos se ha tomado la molestia de explicar que hay fórmulas desafortunadas, que recuerdan épocas oscuras y que sería mejor evitar.

Me voy, dolida, sin resentimiento hacia ese funcionario disciplinado, pero con la sensación de que mi nacimiento es sospechoso, como si hubiera dos categorías de franceses y unos lo fueran más que otros. Pienso también en lo absurdo de esta situación, pues hace unos años unos ediles, ignorantes de esa terrible sospecha que pesa sobre mis orígenes, me hicieron el honor de nombrarme «Marianne»[1] y considerarme digna de reinar durante un tiempo en sus alcaldías.

Lo que me molesta no es el papeleo administrativo, sino la reactivación del malsano debate sobre la «identidad nacional» que envenena Francia.

1. Figura alegórica de la República cuyo busto preside los Ayuntamientos franceses. La Asociación de Alcaldes de Francia elige a algunas francesas famosas para que presten su rostro a Marianne (N.T.).

Este incidente trae a mi memoria un episodio de mi juventud cuando, en los años setenta, la Shoah y la participación del régimen de Vichy en la «solución final» volvieron al primer plano de la actualidad.

Recordemos la publicación en *L'Express* de la famosa entrevista a Darquier de Pellepoix –que fue comisario general para las Cuestiones Judías– quien, desde su exilio español, afirmaba sin el más mínimo remordimiento que «en Auschwitz sólo se gasearon piojos». Fue el punto de partida de las investigaciones y demandas por crímenes contra la humanidad que Serge Klarsfeld emprendió contra Maurice Papon, René Bousquet, secretario general de la Policía de Vichy, y otros. Comenzaron a proliferar libros sobre el tema, encabezados por el de los historiadores estadounidenses Marrus y Paxton, *Vichy, France and the Jews*. Había habido que esperar el trabajo de unos profesores extranjeros para que saliera a la luz el papel de la Administración de Vichy en la detención y deportación de los judíos de Francia. Fue entonces cuando empezó a saberse todo lo sucedido en aquellos años negros, y, paralelamente, cuando surgieron los revisionistas, como Robert Faurisson, condenado varias veces en Francia por «cuestionar los crímenes contra la humanidad».

Veinte años antes, mis padres habían rehabilitado un viejo granero en Fleury-en-Bière que se convirtió en nuestra casa de los fines de semana.

A mi padre, que trabajaba en la industria de cosméticos, le alegró encontrarse en ese pueblo con un colega, Jean Leguay, director de la empresa Gemey, hoy perteneciente al grupo L'Oréal.

Jean Leguay y mi padre jugaban de vez en cuando al golf en Fontainebleau. Leguay venía con frecuencia a tomar café a casa acompañado de su mujer Minouchette que, cuando yo era jovencita, me parecía la encarnación

del esnobismo del distrito XVI de París. Presumía, en ese pueblecito de trescientos habitantes, de haber mandado pintar su casa de «gris Dior», un color inexistente en el catálogo de pinturas Valentine pero que a ella le sonaba muy bien. Si bien Minouchette era tonta y vanidosa, su marido era simpático e inteligente. Mi padre apreciaba su compañía y yo, como una niña feliz de pasearse con su papá, les seguía a veces en su recorrido de golf.

Jean Leguay tenía la piel lisa y el cutis rosado de la gente que duerme bien. Mi madre, que estaba siempre preocupada por el aspecto de mi padre, de tez pálida y apagada, ponía a Jean Leguay como ejemplo de persona que respiraba salud y bienestar. Y tranquilidad de conciencia.

Años antes de esa relectura del colaboracionismo a la luz de la política antijudía de Vichy, la editorial Robert Laffont había publicado en su colección «Ce jour-là» (la de *El día más largo* o *¿Arde París?)* el libro de Claude Lévy y Paul Tillard, titulado *La Grande Rafle du Vel d'Hiv*. La redada del Velódromo de Invierno es un acontecimiento muy conocido por los franceses de hoy, sobre todo tras el discurso del presidente Jacques Chirac, el 16 de julio de 1995, en el que reconoció la responsabilidad de Francia y de su Administración en la deportación de los judíos. Numerosos libros y películas, entre las que se encuentra la reciente *La Redada*, han contribuido a dar a conocer esa historia. Pero no era así a finales de los años sesenta, en los que la publicación de algunos extractos del libro de Claude Lévy y Paul Tillard en *Le Nouvel Observateur* dio mucho que hablar.

Lévy y Tillard mencionaban en su libro, sin citar su nombre de pila, a un tal Leguay al que René Bousquet, secretario general de la policía de Vichy, había nombrado de-

legado para la zona ocupada. En su calidad de jefe de policía, Leguay estaba en permanente contacto con sus colegas para resolver los problemas prácticos que planteaba la detención de los judíos. Asistió a las reuniones en las que se prepararon las redadas de julio de 1942 y participó en su organización. Y dirigió el traslado de judíos de la zona libre al campo de deportados de Drancy.

Como Bousquet, protegido durante mucho tiempo por sus amistades políticas, Papon, único alto funcionario de Vichy que ha sido juzgado en los últimos veinte años, o tantos otros colaboracionistas con un pasado que hemos descubierto tarde, Jean Leguay fue un individuo siniestro cuyas actividades permanecieron ocultas durante décadas.

También es cierto que, hasta que no se publicó en 1994 el libro de Pierre Péan, *Una juventud francesa,* que revelaría, con la anuencia del principal interesado, los años oscuros del que había llegado a ser el presidente Mitterrand, yo habría insultado al que me hubiera sugerido algo semejante. De hecho, en 1967, me había enfrentado físicamente en la Facultad de Ciencias Políticas a los «mayoritarios» (los delegados estudiantiles de derecha) que, a diferencia de nosotros, los «minoritarios» de izquierda, sostenían (por desgracia, con razón) que Mitterrand había sido condecorado con *La francisque*, el hacha de guerra de los francos y emblema del régimen de Vichy.

Péan relata en su libro la ambigua trayectoria de Mitterrand y cómo siguió manteniendo relación con sus amigos de pasado turbio. Lo que me indignó no fue enterarme de la vida equívoca de ese François Mitterrand afín a Vichy que luego, bajo el nombre de François Morland, engrosó las filas de la Resistencia, sino que conservara, algo que nunca se ha desmentido, su amistad con esa gente. Sus lazos con Bousquet, confirmados por el propio presidente y de los que dan testimonio las fotos tomadas

en Latche, en la casa de Las Landas de François Mitterrand, cuando aquél financiaba sus sucesivas campañas. O la estrecha relación que mantenía con Jean-Paul Martin, ex miembro del grupo de extrema derecha de la preguerra, La Cagoule. Una relación tan estrecha que cuando murió, en 1986, el presidente de la República Francesa en ejercicio pidió que su ataúd fuera recubierto ¡con la bandera francesa!

Para mí hubo un antes y un después de 1994. Sigo agradecida al presidente por haber hecho posible que la izquierda rompiera la maldición que le impedía gobernar y sigo admirando la constancia con la que trabajó a favor de Europa. Pero perdí para siempre la fe que tenía en la sinceridad de sus compromisos, y me sentí traicionada.

Y no hay vuelta atrás: esa indignación, ese vuelco en mis convicciones, ese pasado de cierta Francia que jamás será para mí la Francia eterna «no pasan[1]», e impregnan mi identidad.

A mi padre, las revelaciones sobre la redada del Vel d'Hiv le causaron un gran dolor, tanto mayor cuanto que su padre, que llevó la estrella amarilla antes de ocultarse bajo el nombre de Sabatier, fue denunciado por la portera de la casa en la que se había refugiado con mi abuela, y detenido e internado en Drancy por la policía francesa.

¿Cómo no rendir aquí –en un libro en el que voy a revivir la historia de mi familia materna– un homenaje a la madre de mi padre, Marguerite Schwartz? A través de un episodio disparatadamente novelesco del que no he llegado a tener la clave, y con la ayuda de un oficial francés con acceso a Drancy, logró hacerse con una ambulancia de la Cruz Roja y, disfrazada de enfermera con docu-

1. Véase Henry Rousso y Eric Conan, *Vichy, un passé qui ne passe pas* [Vichy, un pasado que no pasa], Fayard, 1994.

mentación falsa, sacar a mi abuelo de esa antecámara de la deportación. Muy débil y gravemente enfermo por el largo tiempo de maltratos sufridos en ese campo, moriría poco después, pero en su lecho y no en la cámara de gas de Auschwitz a la que le destinaba el próximo convoy.

Sin embargo, ese día de 1967, mi padre no podía creer que el alto funcionario que participó activamente en las deportaciones era el mismo Leguay con el que había tomado cordialmente un té el fin de semana anterior. Provisto de la fotocopia de una carta del susodicho Leguay dirigida a los alemanes y encontrada en el Centro de Documentación Judía Contemporánea –hoy parte integrante del Memorial de la Shoah en París– se dirigió a la sede del Sindicato Francés de la Perfumería, del que era miembro, y pidió al presidente que le mostrara algún texto profesional firmado por Jean Leguay, presidente de Gemey. Cuando mi padre lo vio, palideció: las dos firmas eran idénticas. Contó entonces lo que sabía del personaje y pidió que fuera expulsado del sindicato. El presidente, aunque avergonzado, rechazó la idea. Está claro que no era un hombre muy valiente, pero hay que considerar también que en esa época la gente no estaba aún sensibilizada hacia esos temas y que faltaba mucho para llegar hasta la actual voluntad de transparencia de los alemanes respecto de su pasado. El miedo a «provocar un escándalo» pesaba más que cualquier otra consideración.

Mi padre presentó su dimisión en el sindicato y escribió una carta a Leguay en la que le explicaba lo que había averiguado y le rogaba que, si se encontraban en las calles de Fleury-en-Bière, cambiara de acera para no tener que cruzarse con él jamás. A vuelta de correo, Leguay envió a mi padre el fallo del Tribunal Superior de Justicia que le exculpaba en 1949, como ocurrió con Bousquet y tantos otros.

Para los anales de la pequeña historia, hagamos constar que Gemey fue comprada en esos años por L'Oréal, empresa conocida por reciclar a colaboracionistas notorios: tras la Liberación, Jean Filliol (que antes de la guerra ya había intentado asesinar a Léon Blum) se refugió en España donde dirigió la rama ibérica de L'Oréal. Fue condenado en ausencia a pena de muerte por haber formado parte de la Milicia Francesa, la organización paramilitar fascista de Joseph Darnand, y por haber ayudado a la división nazi Das Reich a encaminarse a Oradour, donde perpetraría la conocida masacre. Otro alto cargo de L'Oréal, Jacques Corrèze, que por cierto vivía en el mismo edificio de la calle Rémusat de París que Jean Leguay, fue uno de los dirigentes de La Cagoule de Eugène Deloncle, financiada por Eugène Schueller, padre de Liliane Bettencourt. Desde 1941, Jacques Corrèze formó parte de la Legión de Voluntarios Franceses contra el Bolchevismo, que combatía junto a los nazis, y después se unió a la División Carlomagno, integrante de la Waffen-SS, que reagrupaba a los franceses que habían decidido luchar bajo la bandera alemana. En 1948, fue condenado a diez años de cárcel. Liberado un año más tarde, fue empleado inmediatamente por Schueller y llegó a ser el máximo responsable de L'Oréal en Estados Unidos. Amnistiado en 1959 y rehabilitado en los años sesenta, murió en París en 1991 mientras estaba siendo investigado por el Office of Special Investigations estadounidense por posibles crímenes cometidos durante la guerra.

Aunque no tiene nada que ver con lo que precede, el reciente caso Bettencourt ha desenterrado el pasado y amistades de Schueller, y esos episodios de la historia del fundador de L'Oréal.

El informe elaborado por Serge Klarsfeld permitió a la justicia inculpar a Jean Leguay por crímenes contra la hu-

manidad. Recuerdo haber acompañado a mi padre a la rueda de prensa en la que Klarsfeld anunció que se habían admitido a trámite las acusaciones presentadas contra Bousquet y Leguay. Era en 1979. Mi padre, que tenía la misma edad que Leguay pero que murió joven, en 1980, me dijo al salir del despacho de Klarsfeld: «Verás cómo muere después que yo, tranquilo y en su cama». Jean Leguay murió en efecto en 1989 antes de que se iniciara su juicio. La ordenanza por la que se declaró cerrada la acusación pública subrayaba que «la información había permitido establecer (...) su participación en crímenes contra la humanidad».

Mi contratiempo en la comisaría es totalmente anodino pero la duda sobre mi identidad que ha planteado trae esos recuerdos que refluyen como las olas.

Durante años me negué a escuchar las historias del pasado que mi madre contaba machaconamente. Y no por jugar al gideano «familia, te odio», sino porque la historia de mis abuelos maternos, que creía conocer, no era la mía, no era mi vida. Y, a decir verdad, me aburría un poco. Lo que me gustaba era la política, el periodismo, el lado paterno más que el materno. El de mi padre, que trabajó para la Francia Libre en Oriente Medio durante la guerra; mi padre, que, en nombre del general De Gaulle, escribía los editoriales de Radio-Beirut con el pseudónimo de Jacques Breton; mi padre, que me mostraba orgulloso la nota de la agencia de prensa en la que Goebbels le condenaba a muerte, estigmatizando –por si acertaba, y acertó– al «judío Sinclair»; mi padre, que regresó a París tras la Liberación y pudo volver a ver a su padre, muy enfermo tras su paso por Drancy, antes de que muriera. Aunque hizo carrera como ejecutivo de empresa, a mil leguas de lo que a mí me interesaba, me sentía más cercana a sus historias de guerra consignadas en sus

cuadernos de notas que a la otra parte de la familia, la de mi madre, aplastada por la sombra de ese abuelo marchante de arte al que no conocí lo suficiente porque murió cuando yo tenía once años. En resumen, me sentía secretamente del lado de «mi padre, el héroe» que se burlaba con cariño de «mi madre, combatiente en la Quinta Avenida».

Robert Sinclair, mi padre, se llamó Robert Schwartz durante toda su juventud. Fue movilizado en 1939, enviado al frente como soldado raso y destinado al servicio de meteorología. Se hallaba en un puesto fronterizo (¿de la línea Maginot?) y jugaba al ajedrez con un colega apostado en otro lugar estratégico. Hacían un movimiento de pieza al día aprovechando su llamada cotidiana para comparar el tiempo en el frente. Esperaban a los tártaros, que jamás llegaron porque decidieron eludir esa línea de defensa tan previsible.

Había aprendido de esa experiencia en la guerra una pseudociencia de los cúmulonimbos y nos castigaba, cada vez que amenazaba lluvia, con unas explicaciones dignas del diccionario *Le Petit Larousse*.

Tengo la impresión de que, como en esa historieta ilustrada de los años treinta titulada *Ademaï aviateur* –adaptada más tarde al cine, con Fernandel como protagonista–, se contentaba con extender una mano, mientras movía la torre o el caballo, y decir «Aquí llueve» a su camarada que le respondía «Aquí también».

En cualquier caso, desmovilizado como todos los soldados que no habían caído prisioneros, volvió a París y lloró como tantos otros al ver las banderas con la cruz gamada ondeando en los Campos Elíseos. Se acordaba del 11 de noviembre de 1918, cuando tenía nueve años y fue con su madre a recibir con aplausos a las tropas del mariscal Foch que celebraban la victoria en la Primera Guerra Mundial.

Decidió entonces unirse a la Resistencia.

Como desconocía la existencia de redes que permitían pasar a Inglaterra, se las arregló para llegar a Estados Unidos a través de unas vías muy complicadas y allí se unió a la Francia Libre que lo envió a Oriente Medio: Damasco, Beirut, El Cairo.

Antes de coger el barco que lo llevaría a su destino a través del Atlántico y el Índico con las luces apagadas para evitar al enemigo, le informaron de que los alemanes conocían todos los apellidos de los oficiales franceses partidarios del general De Gaulle, y cuya familia se había quedado en Francia. Para proteger a los suyos, tenía, pues, que cambiarse el apellido. Como quería mantener las mismas iniciales, abrió el listín telefónico de Nueva York por la letra «S» y cayó sobre Sinclair, un apellido irlandés tan común en Estados Unidos como los Martin o Dupont en Francia.

En mi fuero interno, siempre le reproché que mantuviera ese apellido y que, tras la guerra, cambiara legalmente Schwartz por Sinclair. Era perder parte de nuestra identidad. Pero todos lo conocían por su nombre de guerra, lo llevaba con orgullo y, sin duda, quería evitar a su descendencia –en este caso, a su hija Anne– los peligros que un patronímico judío había ocasionado a su familia.

En los años posteriores a la Liberación, esa fue una actitud muy común entre los traumatizados por la guerra, pero confieso haberlo vivido siempre como una especie de negación. Sin duda, por ello, he reivindicado desde muy pronto mi identidad judía. Por ello me han entristecido los que, jugando con el escrutinio proporcional, han permitido existir políticamente al Frente Nacional. Por ello he combatido con todas mis fuerzas contra la generosa apertura de los medios de comunicación al FN en los años ochenta, y, durante trece años, me negué a recibir en el programa «Sept sur sept» a Jean-Marie Le Pen. Batalla

inútil y perdida, como se demostró el 21 de abril de 2002 y como se sigue demostrando hoy.

He aquí a lo que lleva bucear en las cajas de las mudanzas...

Mientras ojeaba papeles encontré por casualidad mi partida de nacimiento literal y no el extracto que generalmente piden para todos los trámites administrativos.

¿Qué habría dicho el empleado de la comisaría –en última instancia origen de este libro– si hubiera descubierto que nací como «Anne Schwartz conocida como Sinclair» y que ese nombre no se modificó hasta 1949, cuando tenía un año, por decisión del Consejo de Estado?

En mi juventud era, pues, más receptiva a la historia de mis abuelos paternos, que se quedaron en Francia, que al destino de los que, perseguidos por los nazis, habían decidido irse, tras lo cual fueron desposeídos de sus bienes, robados y despojados de su nacionalidad.

Además, quería labrar mi propia vida y prefería el mundo de la televisión a las galerías de arte, la vida pública a la vida artística, los viejos periódicos a los viejos cuadros.

Mi madre murió hace cinco años. Y como siempre ocurre tras la muerte de un ser querido, acude a la memoria, en forma de remordimiento, todo lo que se ha omitido preguntarle o lo que se ha querido ignorar, por pereza o por hastío de oír siempre las mismas historias. Vacié los armarios de su casa en los que se amontonaban recuerdos polvorientos, viejos manojos de llaves, estolas ajadas y pasadas de moda, fotografías familiares y montones de papeles acumulados durante décadas.

Luego cumplí sesenta años y, últimamente, he vivido en Estados Unidos, un país que me ha rememorado mi infancia y esa parte de mi familia que encontró refugio en él.

Y de repente, las autoridades francesas, sirviéndose de conceptos peligrosos, me recordaban que la nacionalidad francesa, aunque siempre se haya tenido, no es evidente. Que es frágil para los que la poseen y difícilmente alcanzable para los que la reclaman. Y que no era la primera vez que eso pasaba en mi familia.

Me di cuenta de que no me había tomado la molestia de desembalar las cajas que había traído de casa de mi madre y que había apilado en un armario. Estaban llenas de cartas, de viejas carpetas que había recogido sin que se me pasara por la cabeza mirarlas.

Atraída, a mi pesar, me sumergí en los archivos familiares en busca de mis raíces y mi filiación materna. Y para comprender quién era su padre, mi abuelo, un innovador en pintura, famoso como tal, y que se convirtió en un paria durante la Segunda Guerra Mundial. Así nació el deseo de unir los fragmentos de esa historia familiar marcada por el arte y la guerra. De partir en busca de ese abuelo.

Soy la nieta de un señor que se llamaba Paul Rosenberg y que vivía en París, en la calle La Boétie 21.

Título de la edición original: *21 rue Boétie*
Traducción del francés: Malika Embarek y María Cordón

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: abril 2013

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2012
© de la traducción: Malika Embarek y María Cordón, 2013
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2013
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2013

Preimpresión: Maria García
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Depósito legal: B. 1766-2013
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-632-3
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5544-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)